

Bolsilibros de editorial Bedout de Medellín ha publicado en su colección Cuentos, en 1983 y 1984, las versiones íntegras de los cuentos de Perrault, de los hermanos Grimm y de Andersen en ediciones económicas dirigidas más a la segunda infancia y a padres y educadores. (También incluye esta colección narraciones cortas del colombiano Hernando García Mejía: *Cuentos del amanecer*, *Cuentos para soñar* y *La estrella deseada*).

Editorial Coquito, en su colección Literatura Infantil, publicó recientemente las *Fábulas de Samaniego*. Las fábulas, por naturaleza, tienen una finalidad didáctica. Pero hay fábulas, como las de Pombo, que a pesar de hacerles propaganda a los buenos modales siguen gustando aunque hayan variado esos modales, porque además —o mejor dicho, a pesar de tener moralejas, juegan con las palabras y crean situaciones jocosas o inesperadas. No sucede lo mismo con las fábulas que el español Félix María Samaniego (1745-1801) escribió para los alumnos de un seminario. Son muy conocidas en los países de habla hispana, pero resultan hoy por hoy cantaleas desactualizadas en rimas mecánicas. Y una vez más, las ilustraciones colaboran en espantar al lector, pues, a pesar de sus colores vivos, son copias estereotipadas de personajes de historietas.

Después de revisar esta muestra del *boom* de literatura infantil en el país, saltan a la vista algunos hechos: ha aumentado la producción local de libros para niños y preadolescentes. A pesar de esto, la gran mayoría del material que se ofrece en el mercado sigue viniendo de España y Argentina. De lo producido en el país, el valor agregado nacional es sobre todo en impresión y encuadernación. Casi todos los autores, diseñadores gráficos e ilustradores de lo que producimos son extranjeros. Entre los libros enteramente colombianos predominan los diseños, ilustraciones mediocres —aunque, como vimos, hay excepciones— y los textos pecan por didácticos o por dulzones. Es dudoso que puedan captar la atención de esos exigentes “lectores” que son

los niños y los jóvenes. Hay una respuesta a la ampliación del mercado editorial, pero ésta se presenta aún en pañales.

PATRICIA LONDOÑO



¿Fueron locos los años veinte?: un estudio de mentalidades colectivas

Los años veinte en Colombia

Carlos Uribe Celis

Ediciones Aurora, Bogotá, 1985, 206 págs.

Carlos Uribe Celis, sociólogo de la Universidad Nacional, nos ofrece un sugestivo libro acerca de un período que comienza a ser objeto, con justeza, de creciente número de investigaciones. Se trata de un estudio preliminar sobre las grandes tendencias culturales e ideológicas observadas en el decenio de los veinte en Colombia. El propio autor afirma: “la novedad historiográfica del contenido [...] no tiene otro objeto que el de señalar tendencias e indicar pautas para una investigación más profunda” (págs. 9-10).

Después de un capítulo introductorio sobre el contexto histórico mundial y latinoamericano, Uribe Celis aborda lo que llama las grandes tendencias del período, que se podrían resumir en la aceleración de la “modernización” y en la creación de “hombres nuevos” de acuerdo con el crecimiento capitalista. Página

tras página, nos describe amablemente ese proceso de modernización en todos los planos: la legislación; las ideas; los nuevos rumbos educativos; la arquitectura, la pintura y la escultura; la prensa; la ciencia y la técnica. En un capítulo especial, nos habla del caricaturista Ricardo Rendón, quien en realidad era, por ese tiempo, el gran orientador de la opinión pública. Finalmente se incluyen dos apéndices: uno sobre el movimiento de ideas en la América Latina durante el decenio; otro sobre los hechos y personajes de la época.

Los años veinte en Colombia constituye, sin lugar a dudas, una de las mejores descripciones de ese período tan rico en nuestra historia. Carlos Uribe logra un buen acercamiento al “sabor” del decenio, como lo reconoce en el prólogo el maestro Luis Vidales, uno de los distinguidos sobrevivientes de esos tiempos. En tal sentido, el libro se convierte en obligada fuente para todo aquel que piense investigar sobre esa década en Colombia.

El hecho de abarcar muchos temas es, al mismo tiempo, una ventaja y una de las debilidades del libro. Después de leerlo detenidamente, queda la impresión de que pretendió abarcar demasiado perdiendo en profundidad. Esto parece reconocerlo el autor, cuando afirma que es el anticipo de una investigación más pormenorizada. Con trabajos como el que estamos comentando, se van dando puntadas para la construcción de la anhelada síntesis histórica.

Ventaja adicional de las páginas de Carlos Uribe es su apertura a zonas temáticas hasta ahora descuidadas por nuestra historiografía: su llamativa presentación de las artes, la moda, los gustos, los valores y las ideas flotantes en esos años. Todo esto, que podríamos llamar estudio de “mentalidades colectivas” en un período específico, no ha tenido suficiente acogida en nuestros textos de historia.

Ahora bien: hay una limitante que salta a la vista a medida que se avanza en la lectura. Se trata de la escasa capacidad interpretativa. Aunque no se pretende que toda

obra producida en el campo de las ciencias sociales deba ser *teórica* en sentido estricto, sí es necesario que se explicita un cuerpo interpretativo de la información acuñada y se lo proyecte coherentemente a lo largo del texto. Desafortunadamente, el cuerpo interpretativo no aparece aquí claramente. Más allá de unos vagos señalamientos al indudable proceso de modernización de la sociedad, a la tensión entre lo "tradicional" y lo "nuevo", a la lucha del capital por crear "hombres nuevos", no se dan elementos interpretativos que permitan entender con mayor profundidad el período descrito. Incluso las mismas categorías no son precisas: ¿qué es, por ejemplo, lo "moderno" o lo "tradicional" en los años veinte? (Aquí se reclama no una definición descriptiva, sino analítica, enmarcada en hipótesis interpretativas). Lo mismo podría preguntarse acerca de lo "regresivo" o "progresivo" que continuamente opone el autor para una serie de fenómenos del decenio. Incluso sobre la misma tesis de la imposición creciente del capitalismo, no se avanza mucho en la obra. En las Conclusiones, la comparación con los procesos de modernización vividos en Europa y los Estados Unidos permanece inmersa en el sabor descriptivo que recorre al texto.

Hay algo, sin embargo, que hace que el trabajo analizado se destaque dentro del conjunto de las investigaciones históricas recientemente publicadas: el estilo ágil y ameno en el que está escrito. Desde los tiempos de Heródoto se sabe que escribir historia es aplicar una dosis de imaginación a lo que, de lo contrario, sería una árida recolección de datos aislados. Uribe Celis se inscribe en esta sana tradición historiográfica. Tanto por su estilo literario como por las ilustraciones que acompañan al texto, su libro es de aquellos que se leen con agrado. Con razón el maestro Vidales señala que "fue escrito expresamente para ser leído".

En síntesis, cabe decir que *Los años veinte en Colombia* es un buen trabajo descriptivo, en el cual Uribe Celis entrega al lector, en forma

amena, el sabor cultural de una de las épocas más ricas de nuestra historia. Con todo, yo discreparía de la opinión del prologuista, cuando compara a los años veinte con un limón que ha sido exprimido "hasta la última gota" por Uribe Celis. Afortunadamente, para la investigación histórica, todavía queda aún mucho jugo por exprimir.

MAURICIO ARCHILA N.

¿Alzamientos campesinos traicionados?

Ensayos de historia social y política del siglo xx

Gonzalo Sánchez

El Áncora Editores, Bogotá, 1985, 275 págs.

En un solo volumen se reúnen tres trabajos estrechamente ligados entre sí y que muestran la continuidad del trabajo histórico del autor. El primero de ellos, *Los bolcheviques del Líbano*, fue publicado en 1976 y reeditado, corregido, en 1981. *Las ligas campesinas en Colombia* es un texto de 1977. Estos dos ensayos se reproducen sin modificaciones y a ellos se añade el artículo, *Raíces históricas de la amnistía o etapas de la guerra en Colombia*, escrito con ocasión de las recientes discusiones sobre la paz y la amnistía.

Los tres estudios se refieren a diversos aspectos de las luchas campesinas en Colombia, y están escritos con una simpatía que alcanza a dar vida y calor a un conjunto de investigaciones que, por la amplitud de los archivos revisados y la sólida base erudita que los sustenta, podrían sufrir de la ilegibilidad de buena parte de nuestra reciente producción histórica.

En *Los bolcheviques del Líbano* el autor narra en un estilo casi novelesco los antecedentes e incidentes de la revuelta que en 1929, en nombre de ideales socialistas, realizó un amplio grupo de artesanos y campe-

sinos del municipio del Líbano, departamento del Tolima. Sánchez reconstruye en forma segura las condiciones económicas, sociales y culturales de la zona de la insurrección, y contra ese trasfondo muestra los incidentes de una rebelión que, pese a su derrota, dejó huella profunda en la actitud política de la región. Entre los dirigentes y agitadores que promovieron la acción se halla, a más del zapatero Pedro Nárvaez, la interesante figura de Julio Ocampo Álvarez. En 1928 este oficia como secretario en "bautismos socialistas", organiza la "unión obrera", une su "suerte a la de la Camarada Señorita Rut Mejía Gómez", según "nuestro santo Ideal" y, a fines del año, aparece como organizador de "mil macheteros negros de Puerto Tejada que al declararse la huelga de las Bananeras, se quedaron esperando la orden nacional de movilización en solidaridad con aquella" (pág. 73). Reaparece, el 26 de agosto de 1933, sin que el autor destaque su presencia, encabezando con su firma un elaborado memorial, a nombre de la Liga Campesina del Tequendama, en el que denuncia la situación que se vivía en Viotá (Cundinamarca).

Este brillante trabajo tuvo la virtud de ampliar la estrecha visión que tenía la historiografía colombiana sobre las agitaciones y conflictos de la década de 1920, limitada a las principales huelgas de la época. Su análisis es casi siempre indiscutible, aunque para sustentar algunos puntos concretos el autor se apoya en datos insuficientes: por ejemplo, dado lo poco que se sabe sobre la organización de la conspiración, ¿por qué atribuir con tanta seguridad a la izquierda liberal su freno? Igualmente no queda claro el hecho de que aunque los datos apunten a una revuelta en la que el sector rural tiene una posición muy subordinada, el autor la defina sin embargo como una revuelta campesina.

